



CRÍTICA A LA ESPERANZA, LA FE Y LA HUMILDAD¹

Dr. Ricardo López Pérez

(Septiembre de 2021)

Al margen de sus significados, sus raíces etimológicas y su particular biografía, las palabras tienen una carga simbólica, a veces positiva, a veces negativa. Más aun, llegan a convertirse en entidades prestigiosas o inversamente en representaciones infamantes. Sólo como ejemplo, las palabras democracia, dignidad o libertad no tienen el mismo simbolismo y prestigio, que tiranía, inquisición o pecado.

Bastante obvio, pero en muchos casos esta condición de prestigio puede ser engañosa. En cierto modo, insidiosa. Muchas palabras de contenido prometedor, que en apariencia engrandecen la condición humana, enmascaran significados que debieran ser observados en forma crítica.

En efecto, hay palabras que gozan de buena prensa, nombran conductas valiosas, y hasta llegan a ser objetos de deseo, pero se desdibujan al ser examinadas con detenimiento. Muestran un rostro luminoso, pero sin consistencia. Es el caso de palabras de uso tan habitual como esperanza, fe y humildad.

¹ Publicado en Revista Chilena de Semiótica N° 16. 2021. Publicación científica de la Asociación Chilena de Semiótica. (www.revistachilenasemiotica.cl/numero-16/)

CRÍTICA A LA ESPERANZA

Veamos: esperanza es creer en la probabilidad de conseguir algo deseado, permanecer confiado en la ocurrencia de algún suceso previsto. Relacionada con esperar, goza de amplia aceptación. Reputada como una conducta positiva, esa misma condición oscurece sus debilidades. En el pasado los filósofos estoicos afirmaban que una esperanza no es más que un deseo cuya satisfacción no depende de nosotros, a diferencia de la voluntad que está enteramente bajo nuestro control.

Los estoicos no siempre aspiraban a cambiar el mundo, pero pensaban que la filosofía podía ser una protección contra la adversidad. Séneca nos dice: “Cuando hayas desaprendido a esperar, te enseñaré a querer” (2018: 202). Por cierto, la voluntad es la facultad de querer. Es una forma de poder interior que permite a cada persona determinarse a sí misma. Equivale a un conjunto de condiciones personales, todas aprendidas, para inhibir el impulso, movilizar recursos cognitivos, disponer de un criterio superior para comparar, aceptar o rechazar

Desde antiguo la voluntad ha estado en la conciencia de los hombres y por lo mismo en la filosofía. Entre los filósofos cínicos, encontramos una admiración explícita por Heracles (Hércules), como figura emblemática del poder de la voluntad. A diferencia de otros que admiran su fortaleza física, los cínicos aprecian su energía, valentía y entereza a toda prueba para enfrentar las adversidades.

Poco después, Epicteto, liberto romano y filósofo estoico, abre su famoso *Enquiridión* con esta frase: “Hay cosas que dependen de nosotros y otras no. De nosotros dependen las opiniones, los deseos, las inclinaciones, las aversiones. En otras palabras, todo lo nuestro. No dependen de nosotros el cuerpo, las riquezas, el prestigio los altos cargos, es decir, todas las cosas que nos son ajenas” (2011: 13). Hay sabiduría, por tanto, en aceptar lo que no depende de una decisión particular, pero inversamente es obligatorio hacerse cargo de aquello en donde podemos marcar el rumbo.

Incluso antes de la filosofía cínica y estoica, la poesía griega muestra poderosos modelos de voluntad. Encontramos, por ejemplo, personajes como Orestes, Edipo, Antígona, Electra, Medea o Prometeo, que exhiben valentía, reflexión y altivez para luchar en situaciones de alta intensidad. Personajes que jamás se inclinan bajo el peso de la soledad, la miseria o la injusticia, manteniéndose firmes sin permitir que la desgracia los degrade.

La filosofía todavía aporta más. En su *Ética*, el gran filósofo Spinoza afirma: “No hay esperanza sin miedo, ni miedo sin esperanza” (2020: 289). ¿Por qué? La esperanza es una alegría inconstante, que brota de la idea de una cosa futura o pretérita, de cuya efectividad dudamos. El miedo es en cambio una tristeza, pero igualmente es inconstante, y también brota de la idea de una cosa futura o pretérita de cuya efectividad dudamos. Ambas están vinculadas.

Contemporáneamente, encontramos en André Comte-Sponville la siguiente aproximación crítica: “Esperar es desear sin gozar, sin saber y sin poder” (2010: 48). Nadie espera aquello de lo que se sabe capaz. La esperanza es un deseo referido a lo que no tenemos, a una carencia, a un futuro probable, en circunstancias de que ignoramos si podrá efectivamente ser satisfecho. En lo fundamental, expresa el filósofo, se espera lo que las personas no son capaces de hacer, lo que está fuera de su ámbito de conocimiento, lo que escapa a su posibilidad de actuación.

Por último, aunque sólo sea una curiosidad, es de justicia recordar al desesperanzado Hesíodo. La historia contenida en *Trabajos y días*, habla de un “bello mal” encarnado en Pandora, portadora de un indeseable regalo: una jarra con un cúmulo de desgracias desconocidas para los hombres. Al abrirla, de manera incontenible, surgieron amarguras sin fin, conflictos, enfermedades, fatiga, dolor y muerte. El detalle es que la esperanza nunca salió del recipiente (2003).

CRÍTICA A LA FE

¿Qué decir de la fe? Esta palabra posee una doble etimología: proviene del griego *pistis* y del latín *fides*. En su origen significaba confianza y lealtad, no suponía ninguna devoción, ni estaba sujeta a un sistema dogmático. A poco andar, sin embargo, en el contexto de las religiones monoteístas comenzó a ser asociada con creencia y con obediencia.

De manera precisa se convirtió en un tipo especial de creencia verdadera, evidente bajo cualquier consideración para quien la suscribe, válida por sí misma, no expuesta a la crítica, ni requerida de justificación epistemológica. Es decir, un tipo de creencia privilegiada, ajena a un ejercicio racional. El mismo Jesús elogia la felicidad de los que “creen sin ver” (*Juan* 20, 29). Así, en un paso dudoso, el creer sin pruebas a la vista, abre la puerta al sometimiento: la confianza inicial termina convertida en un estado de entrega incondicionada.

La “prueba de Abraham” (*Génesis* 12), ese gigantesco monumento a la obediencia, es para Mircea Eliade, el momento decisivo que inaugura una nueva experiencia religiosa basada en un fundamental “acto de fe” (2008: 109). Abraham no comprende por qué debe sacrificar a su hijo, está confundido y aterrado, pero aun así se dispone a hacer lo que Dios ordena. Semejante obsecuencia lleva a Kierkegaard a escribir que estamos frente a un “caballero de la fe”, para luego decir que Abraham despierta en él admiración, pero también espanto (1968).

A partir de este momento, un principio característico de la enseñanza moral monoteísta será la aceptación dócil, y con ello la desvalorización de la iniciativa personal y la renuncia a la propia voluntad. San Agustín descubre la clave para acercarse a la palabra de Dios: “Pero yo no era humilde y por eso no podía entender que Jesús, siendo tan humilde, fuera mi Dios, ni sabía qué era lo que con su flaqueza nos quería enseñar” (*Confesiones*, VII, 18).

Esto es, vaciarse de cualquier vanidad, presunción, arrogancia. En compensación la fe ubica al ser humano en un campo de sentido, con seguridad, sin angustias y pleno de certezas.

El *Catecismo Católico*, establecido en el Concilio de Trento en el siglo XVI, definió la fe fuertemente asociada a la obediencia: “Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios” (Cap. III: 143). Siguiendo a san Pablo, el mismo documento habla de “obediencia en la fe”, de modo que una y otra se integran: la fe requiere de la obediencia, la obediencia sostiene a la fe. No cabe insistir en las distorsiones y abusos a que ha dado lugar esta apología de la obediencia.

Joseph Ratzinger (papa Benedicto XVI) establece las cosas en su mayor radicalidad: “Es la obediencia de María la que abre la puerta de Dios” (2012: 62). María es notificada de su embarazo por un ángel, situación que al comienzo la turba y la llena de extrañeza. No podía ser de otro modo... ¡ella es virgen! Semejante noticia acarrea algunas obligaciones, como tener que nombrar a su futuro hijo como Jesús. Ratzinger observa todo esto con satisfacción, porque todo esto tiene una grandeza fuera de duda. Se trata de una decisión que proviene de una autoridad mayor, pero no repara en que esta joven judía ha sido embarazada sin su consentimiento. María no manifiesta reparos: “Yo soy servidora del Señor, hágase en mí tal como has dicho” (*Lucas*, 1, 38).

Nietzsche reconoce la entrega que la fe exige, pero hace notar la renuncia tiene un precio: “La fe cristiana es, desde el principio, sacrificio; sacrificio de toda libertad, de todo orgullo, de toda autocerteza del espíritu; a la vez, sometimiento y escarnio de sí mismo, mutilación de sí mismo” (1972: 73).

A fines del XIX, el *Concilio Vaticano I* agregó algunas precisiones, incorporando la idea de una virtud sobrenatural por medio de la cual creemos como verdadero todo lo que surge de Dios, quien ni puede engañarse ni puede engañarnos. Así, finalmente, toda existencia y toda identidad personal están limitadas y condicionadas por los límites de la fe. No existe nada parecido a la libertad de conciencia o al libre albedrío.

Pero... ¿Quién determina los contenidos de la fe? ¿A quién se obedece realmente? Estas son preguntas clave, porque la mayoría de las veces, o derechamente en todos los casos, no se trata de Dios (siempre indecible, siempre elusivo), sino de quienes asumen su representación. La fe no se vive en abstracto, sino en el contexto de interacciones reales, en situaciones sociales concretas, en medio de demandas morales determinadas, y traspasado regularmente de una estricta ritualidad.

La fe, junto a la esperanza y la caridad, son “virtudes teologales”. Son las tres virtudes principales de la tradición cristiana, porque tienen al propio Dios como objeto. Desde luego, esta es la raíz del “fideísmo”, que concibe la fe como centro de la experiencia

humana, como el núcleo fundamental de la relación con lo divino, y a la misma realidad de Dios como un fenómeno totalmente independiente de la razón. En este sentido, cualquier forma de la racionalidad debe estar subordinada a la fe.

CRÍTICA A LA HUMILDAD

Finalmente la humildad: del latín *humus*, que significa tierra, suelo. De aquí deriva *humilis* y *humiliare* con el sentido de inclinarse hacia el suelo. Conforme a su etimología, la palabra humildad implica asumir una distinción básica: un arriba y un abajo. Correspondientemente, entre un extremo y otro, lo virtuoso reside en la parte baja. Mejor el silencio que la autoafirmación, mejor la anuencia y la docilidad, que la iniciativa, el inconformismo, el protagonismo, la impertinencia y el pensamiento propio.

En la tradición cristiana los antecedentes de la humildad son antiguos y respetables. El teólogo Joseph Ratzinger la reconoce como un elemento clave presente desde el origen: “El Hijo de Dios viene de la humildad” (2012: 28). Más todavía, mucho antes, el signo de la Nueva Alianza es también la humildad.

Pariente cercano de la humildad, es la humillación. Se trata de la misma raíz, y la misma dirección, pero cambia el modo en que se termina en el suelo: en la humildad una persona se acerca por sí misma al nivel más bajo, en tanto que resulta humillada cuando llega allí por la acción de otro.

Ninguna de las dos metáforas enaltece la dignidad humana, dado que en ambos casos hay degradación y desprecio. Esta relación entre humildad y humillación no es meramente una cuestión etimológica. El evangelista Lucas reconoce el valor de la humillación, al punto de recomendarla sin disimulo: “Cuando te inviten ponte en el último lugar y así, cuando llegue el que te invitó, te dirá: amigo, ven arriba. Esto será un gran honor para ti ante los demás invitados. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado” (14, 7-12).

Situarse en segundo plano es mejor que destacar, invisibilizarse mejor que interactuar simétricamente. Convencido, el mismo Lucas agrega: “Felices ustedes los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios” (6-21). Sin lugar a dudas, es mejor tener hambre, pasar frío, ser abusado, explotado, porque al final cada lágrima tendrá sus frutos.

Lo propio encontramos en los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola, en donde se hace por igual apología de la humildad y la humillación. En algunas descripciones de experiencias místicas, como las que describe Rudolf Otto en el clásico *Lo santo*, se puede advertir una evidente “desestima del sujeto”, quien en el afán de alcanzar la mayor humildad, renuncia a mirar directamente a los ojos (2016: 71).

Al margen de su etimología, los significados son variados para la palabra humildad. En particular, una tendencia es enfatizar una oposición entre humildad y soberbia. Una dicotomía bastante forzada, porque para rechazar la soberbia no es condición necesaria anularse a sí mismo. También, positivamente, se pretende que el reconocimiento de las propias debilidades y el respeto a los otros, son parte de la humildad o dependen de ella. Otra exageración.

Desde Sócrates, el autoconocimiento es una virtud ampliamente aceptada, pero es antojadizo hacer depender esta condición de la humildad. La honestidad intelectual, el autoexamen, el reconocimiento de vacíos, carencias e insuficiencias personales, la aceptación de la equivocación y el error, son pasos necesarios para el desarrollo personal, pero nada de lo anterior exige o presupone la humildad. La crítica y la autocrítica son esenciales, pero no deben ser confundidas con la humildad.

Spinoza ubica la humildad entre las “pasiones tristes”, y sostiene que brota cuando “el hombre considera su impotencia o debilidad”. La opone al “contento de sí mismo”, que es una alegría en la que el hombre se considera a sí mismo y su potencia de obrar (2020: 292). Nietzsche, más asertivo, escribe en el *Anticristo* que la humildad es una característica propia de esclavos, agregando que los poderosos no la necesitan, aun cuando aprecian que otros la tengan (2015).

Es preciso preguntarse si realmente la humildad es una virtud, considerando su origen y su ontología fantasmal. Por un lado, se oculta y se anula, porque quien la posee no puede exhibirla, a riesgo de caer en una contradicción. Por otro lado, jamás puede ser reconocida y menos negada en otro, dado que al hacerlo se crea una posición de superioridad.

La humildad es un elemento permanente y casi obligado del discurso religioso, siempre en la búsqueda de favorecer los mecanismos de control social, como lo enfatizó Nietzsche. Por otro lado, no es menor el hecho de que las mismas iglesias que publicitan la humildad, se presentan ellas mismas como encarnación de la verdad. Se promueve la humildad, sin que esté encarnada en la práctica. Lo propio sobre Jesús, que no fue un modelo al respecto.

PROYECCIÓN

Todo lo anterior es discutible... desde luego. Cualquier manifestación polémica estará siempre expuesta a ser confrontada con argumentos de signo contrario, que pueden ser igualmente coherentes. Nada de qué preocuparse: en un contexto de igualdad de palabra, el debate tiene un signo positivo.

Así, cabe insistir en algunas convicciones. Desde un punto de vista formativo, en cualquiera de sus niveles, hoy más que nunca necesitamos formar personas que se consideren a sí mismas fuentes validas de juicio. Capaces de pensar

autónomamente, de generar una mente abierta, asumiendo las complejidades del conocimiento, y resueltas a actuar en el mundo de acuerdo a requerimientos éticos.

La aventura del conocimiento presenta dificultades mayores, requiere dedicación e incluso limita con el sufrimiento y el dolor. La construcción de una conciencia surge sólo en un camino de esfuerzo. En el extremo, con Prometeo alcanza tintes de tragedia. En su caso, fue la disidencia irrumpiendo en un mundo controlado, lo que obró el cambio, no la fe, la esperanza o la humildad.

En las actuales condiciones, se necesita más del emprendimiento y la creatividad, que de la obediencia. En modo alguno, personas entrenadas para esperar soluciones luminosas. Personas seguras, propositivas, y no temerosas.

La inteligencia y el pensamiento son variables poderosas, que sólo se desarrollan con trabajo. Muy particularmente en un mundo que nos enfrenta cotidianamente con realidades móviles, se requiere de predisposiciones y de comportamientos intelectuales complejos: reflexión, flexibilidad, amplitud... Importa más que nunca la apertura y la creatividad, junto a un sentido de comunidad y a convicciones firmes sobre el valor de la vida, la solidaridad y la convivencia.

BIBLIOGRAFÍA:

- COMTE-SPONVILLE, ANDRÉ (2010). *La felicidad desesperadamente*. Madrid: Paidós.
- ELIADE, MIRCEA (2008). *El mito del eterno retorno*. Madrid: Alianza.
- EPÍCTETO (2011). *Manual o Enquiridión*. Santiago: Lom.
- HESIODO (2003). *Teogonía, Trabajos y días*. Madrid: Alianza.
- KIERKEGAARD, SOREN (1968). *Temor y temblor*. Buenos Aires: Losada.
- LOYOLA, IGNACIO (1956). *Ejercicios espirituales*. Santiago: Pacífico.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH (2015) *El anticristo*. Madrid: Alianza.
- ----- (1972). *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Alianza.
- RATZINGER, JOSEPH (2012). *La infancia de Jesús*. Buenos Aires: Planeta.
- SAN AGUSTÍN (2016). *Confesiones*. Madrid: Alianza.
- SÉNECA (2018). *Cartas a Lucilio*. Barcelona: Ariel.
- SPINOZA (2020). *Ética*. Madrid: Alianza.

Nota: Las citas de *La Biblia* están tomadas de la edición de la Sociedad Bíblica Católica Internacional (SOBICAIN), 2005. Madrid: San Pablo. Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* están tomadas de la edición de la Conferencia Episcopal de Chile, 2013. San Bernardo: Quad/Graphics.